

mido, pero siguió dando órdenes, pues de ella había heredado la nieta la virtud de continuar viviendo en el sueño» (pp. 101-102). Esta «virtud» que corre por la sangre de la familia y que identifica a Eréndira con la Abuela, nos confirma que la zona donde habitan ambas está dominada por el inconsciente, el reino natural del sueño, también de la intuición, de ahí la relación onírica que une a una y a otra, y que queda al descubierto en el hecho de que Eréndira interpreta los sueños premonitorios de la Abuela. Pero el sueño y la muerte son vasos comunicantes, y así, la Abuela suele recomendarle a Eréndira que dé de beber a las tumbas de los Amadises y que, si acaso vienen, «avísales que no entren» (p. 102). De este modo, en el cuento, los muertos y los vivos comparten un mismo espacio cerrado que remite todo lenguaje al plano subliminal. Eréndira y la Abuela viven el sueño urobórico del inconsciente donde no hay oposiciones binarias y todo se hace circular.

Sin embargo, es evidente que la situación jerárquica de la Abuela y Eréndira no es la misma. La Abuela, en su calidad de Dragón, tiene sujeta a Eréndira y ha de impedir a toda costa que su ego se individualice y se desarrolle. De esta manera, la doncella aparece cumpliendo hasta el desfallecimiento incontables tareas domésticas, o si se quiere, cuidando el orden demencial y caótico del templo de la Diosa Terrible. Pero el servicio es aún más exigente, pues Eréndira tiene que alimentar, bañar y vestir diariamente a la Abuela. Se trata de un verdadero ritual hecho con «parsimonia» y con «rigor sagrado». Ahora bien, esta suerte de noviciado cambia cualitativamente al llegar Eréndira a la pubertad, pues entonces pasa a servir a la Diosa en calidad de sacerdotisa, es decir, ofreciéndose como prostituta sagrada y deviniendo así en propiedad de la Diosa y en su representante. Dicho servicio, cuyo último fin es la transformación en la propia Diosa, ya vimos que también fue desempeñado por la Abuela cuando era «una hermosa mujer de un prostíbulo de las Antillas» (p. 99). No obstante, si bien la Abuela alcanzó la transformación en Diosa Terrible al liquidar uno tras otro a sus pretendientes, negándose a entregarse por amor a hombre alguno, la metamorfosis de Eréndira no llega a ocurrir al enamorarse y vincularse a Ulises, el héroe que viene a probar su fidelidad a la Diosa. Es precisamente esta entrega de Eréndira lo que marca el inicio de su proceso de liberación con respecto a la Abuela. Este importante paso hacia la ruptura con el mundo del Uroboros aparece significado claramente en el texto, cuando Ulises la llama imitando el canto de la lechuza: «Se asomó a la noche hasta que volvió a cantar la lechuza, y su instinto de libertad prevaleció por fin contra el hechizo de la abuela» (p. 140.).

El tercer personaje del triángulo arquetípico es Ulises. Es fácil reconocer en él los atributos del Héroe potencial, del mancebo que, tras ver reflejada su otra mitad en la imagen de la Doncella Cautiva, se propone rescatarla y unirse a ella. Para Ulises el momento es trascendental, de vida o muerte, pues ha de dividir el arquetipo de la Gran Madre con su espada, matando a su lado elemental, negativo y andrógino (la Abuela-Dragón), para entonces unirse a su aspecto positivo y transformador (Eréndira). Si lograra hacer esto, estaría estableciendo las bases para su desarrollo ulterior dentro del sistema de la Pareja y, al mismo tiempo, estaría liberando a su ego del inconsciente. Ulises ve en Eréndira la proyección de sus propios componentes femeninos, unida a su experiencia arquetípica de lo Femenino. Para Ulises, en resumen, Eréndira es su *ánima*, según el concepto

de Jung.⁵ De la unión de ambos ha de nacer la prole que funde y garantice una nueva sociedad, el patriarcado, expresado éste en términos de control sobre la nueva generación. (Recuérdese que la situación del cuento ocurre dentro del matriarcado, donde la Madre domina a los hijos con total autoridad). En todo caso, el combate que ha de emprender Ulises implica riesgos enormes, ya que si es derrotado regresará a la infancia. Por otra parte, el triunfo no se pinta nada fácil: Ulises tiene que vencer el miedo a la Diosa, es decir, la asociación de la mujer al mundo de la magia y los hechizos, de la castración y de la muerte.

La filiación heroica de Ulises parece de momento incuestionable. A la manera de los héroes mitológicos, es joven y apuesto, y su descripción lo emparenta a la luz, el símbolo del carácter masculino del ego en oposición al carácter femenino del inconsciente, expresado por la oscuridad (la noche, el mundo subterráneo, el sueño, la muerte). La luminosidad de Ulises se constata en varios lugares del texto:

Tenía un aura irreal y parecía visible en la penumbra por el fulgor propio de su belleza.

—Y tú —le dijo la abuela—, ¿dónde dejaste las alas?

—El que las tenía era mi abuelo —contestó Ulises con su naturalidad—, pero nadie lo cree.

La abuela volvió a examinarlo con una atención hechizada. «Pues yo sí lo creo», dijo. «Tráelas puestas mañana» (p. 116).

Queda claro, pues, que Ulises lleva en su blasón los símbolos del mundo solar, del aire y del cielo. Además, anteriormente, Ulises es descrito como un «adolescente dorado... con la identidad de un ángel furtivo» (p. 113). Cuando Eréndira lo ve por primera vez, se frota la cara con una toalla «para probarse que no era una ilusión» (p. 116), y más adelante exclama; «pareces todo de oro...» (p. 119). En fin, con su abuelo alado y un padre que cosecha naranjas con diamantes por semillas, es incuestionable que el ancestro de Ulises se ubica en el mundo solar. Por otra parte, al enamorarse de Eréndira es capaz de cambiar el color de los objetos de cristal. Diamantes, cristales y naranjas se inscriben en la simbología solar, lo cual nos remite al cielo, donde el sexo masculino colocó la proyección del arquetipo del Padre Divino para justificar su alegada superioridad sobre el sexo femenino. De este modo, Ulises no sólo cumple con los requisitos del arquetipo en lo que respecta a una ascendencia transpersonal divina, sino también en lo que toca a la luminosa hermosura de su físico.

Pero las amenazas de los héroes no constituyen nada nuevo para la Abuela. Ya ha despachado por lo menos a tres: el pretendiente anónimo y los dos Amadis. De manera que se nos revela sólidamente sentada en su trono, y es fácil presumir que ha de dar mala pelea a Ulises.

En efecto, hacia el final del texto, vemos que la victoria de Ulises, si así alcanza a llamarse, es muy relativa. Al acuchillar a la Abuela (acto simbólico del incesto transpersonal y liberador), ésta logra quitarle las fuerzas en un abrazo letal (acto simbólico de la castración transpersonal). Así tenemos que Ulises (la proyección del ego en su com-

⁵ C. G. Jung, «*The Relation between the Ego and the Unconscious*», *Two Essays on Analytical Psychology*, traducido por R. F. C. Hull (Princeton, Princeton/Bollingen, 1972), pp. 188 ss. También en C. G. Jung, *Aspects of the Feminine*, trad. Hull (Princeton, Princeton/Bollingen, 1982), pp. 77 ss.

bate contra el inconsciente y su mundo indiferenciado) consigue matar a la Abuela (el aspecto fálico, elemental y negativo de la Gran Madre), pero sucumbre en la lucha y pierde su potencia viril. En realidad puede inferirse del texto que Ulises retrocede a su niñez más temprana, es decir regresa al Uroboros. Veamos lo que sucede durante y después del combate:

Ulises le saltó encima y le dio una cuchillada certera en el pecho desnudo. La abuela lanzó un gemido, se le echó encima y trató de estrangularlo con sus potentes brazos de oso... Ulises logró liberar la mano del cuchillo y le asestó una segunda cuchillada en el costado. La abuela soltó un gemido recóndito y abrazó con más fuerza al agresor. Ulises asestó un tercer golpe, sin piedad, y un chorro de sangre expulsada a alta presión le salpicó la cara: era una sangre oleosa, brillante y verde... Grande, monolítica, gruñendo de dolor y de rabia, la abuela se aferró al cuerpo de Ulises... Ulises logró liberar otra vez el brazo armado, abrió un tajo en el vientre, y una explosión de sangre lo empapó de verde hasta los pies... *Ulises permaneció sentado junto al cadáver, agotado por la lucha, y cuanto más trataba de limpiarse la cara más se la embadurnaba de aquella materia verde y viva que parecía fluir de sus dedos... Se arrastró hasta la entrada de la carpa, y vio que Eréndira empezaba a correr... Entonces hizo un último esfuerzo para perseguirla, llamándola con unos gritos desgarrados que ya no eran de amante sino de hijo, pero lo venció el terrible agotamiento de haber matado a una mujer sin ayuda de nadie.* Los indios de la abuela lo alcanzaron *tirado boca abajo en la playa, llorando de soledad y de miedo* (pp. 161-162).

El subrayado es mío; destaca la regresión de Ulises a la Madre del Uroboros, a la placenta del inconsciente, y ya su propia sustancia es la misma materia «verde y viva», elemental e indiferenciada que constituye el plasma urobórico.

Como vemos, la versión más común del mito, digamos la victoria de Perseo sobre Medusa para liberar y tomar a Andrómeda, no se ha cumplido en el texto. La presunta supremacía del héroe ha sido desvirtuada por el arma más tremenda de la Diosa Terrible: el miedo a la mujer. De ahí la frase: «pero lo venció el terrible agotamiento de haber matado a una mujer sin ayuda de nadie». Por otra parte, no es de extrañar que Eréndira no acuda en auxilio del adolescente castrado. De acuerdo con la lógica de los mitos y los cuentos de hadas, tal actitud resulta natural, ya que todo pretendiente que no logra pasar las pruebas que suponen la mano de la doncella o la posesión del «tesoro difícil de obtener», es enviado al mundo de las tinieblas sin lamentaciones de nadie. En realidad la Cautiva y «el tesoro difícil de obtener» significan lo mismo: el *ánima*. Según Neumann, ésta porta el carácter transformativo de lo Femenino en su aspecto positivo, y ha de ser experimentada por el Héroe para la elevación e integración de su psiquis.⁶ En el caso del cuento de García Márquez, Eréndira «cogió el chaleco de oro y salió de la carpa» (p. 162); esto es, huye con el «tesoro» que guardaba la Abuela-Dragón. Claro, en rigor, éste le pertenecía a Eréndira, ya que era el producto obtenido por la venta de su cuerpo. Hay, así, una estrecha relación de identidad entre Eréndira y el chaleco cargado de oro, pues éste representa el valor de su cuerpo-mercancía en el mundo subterráneo del inconsciente. Pero las implicaciones de esta relación se verán más adelante.

Sin embargo, es posible concluir que Eréndira huye con algo más que el fruto de sus sudores; esto es, concretamente, que Eréndira escapa llevando en sus entrañas un futuro Héroe. Llego a esta opinión por varios caminos. En primer lugar tenemos que,

⁶ Ver Erich Neumann, *The Great Mother*, traducido por Ralph Manheim (Princeton: Princeton/Bollingen, 1972), p. 33.